

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# Cuando los piqueteros vienen marchando.

Astor Massetti.

Cita:

Astor Massetti (2004). *Cuando los piqueteros vienen marchando*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/346>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

---

## **Cuando los piqueteros vienen marchando.**

Por Astor Massetti<sup>1</sup>

---

**Abstract.** La propuesta de esta ponencia es invitar a pensar la relación entre la “acción de protesta” y los procesos inter e intra subjetivos que ella genera. Haciendo énfasis aquí a la dimensión “disciplinar” que implica que una organización pueda disponer de la corporalidad de los sujetos para realizar una demanda. Para ello utilizaré el caso de una marcha a la Capital Federal de la Corriente Clasista y Combativa y la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat realizada el 17 de marzo del 2003.

### **Introducción**

Este texto es un fragmento de la sistematización de un amplio trabajo de campo que comencé a realizar a principios del 2002, al interior de dos organizaciones piqueteras: La Corriente Clasista y Combativa y la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat. Los primeros resultados de la investigación están actualmente en proceso de publicación bajo el título “Piqueteros, protesta social e identidades colectivas”. La propuesta de este fragmento es invitar al lector a pensar la relación entre la “acción de protesta” y los procesos inter e intra subjetivos que ella genera. Haciendo énfasis aquí a la dimensión “disciplinar” que implica que una organización pueda disponer de la corporalidad de los sujetos para realizar una demanda. Para ello utilizaré el caso de una marcha a la Capital Federal de la Corriente Clasista y Combativa y la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat realizada el 17 de marzo del 2003.

---

<sup>1</sup> Sociólogo y doctorando en Ciencias Sociales (UBA). Docente e Investigador (UBA)

¿Toda marcha implica un conjunto de sentidos que se emiten en varias direcciones? Por un lado tenemos, en el plano político, un conjunto de orientaciones que pretenden hacer del acontecimiento en sí, un sentido en sí mismo. Una marcha es “para algo”, contiene una carga simbólico semántica que pretende ser explícita en un contexto político general y en un contexto organizacional específico. Cada organización construye los sentidos de ese acontecimiento a su manera. El planeamiento de cada evento político en el que cada organización intenta plasmar determinados objetivos varía según el tipo de organización misma. En función a estos objetivos existe un adecuado, o no, repertorio de acciones que es (ampliamente hablando) cultural. Es decir, forma parte de la tipificación de acciones políticas capaces de ser reproducidas según el tipo de organización y la lectura que la organización misma haga, no sólo de sí misma, sino de su entorno. De esta manera, la elección por tal o cual “pieza” del repertorio de acciones políticas (Tarrow, 1997) dependerá de un conjunto de evaluaciones, experiencia, historia, características, que se realizarán, de algún modo, en el interior de cada organización.

Así, tendríamos que en realidad, el “desplazamiento” de grupos de personas con fines políticos, si entendemos la acción social en el estricto sentido weberiano (en donde puede rastrearse un “foco” motivacional bajo un espectro de racionalidad inmanente), deberíamos preguntarnos que tipo de objetivos bastarían para imprimirle a la acción marcha, un sentido específico que la caracterice.

Como acción política el sentido último de este tipo de marcha sería su capacidad (o no) de generar una instancia de dialogo con el otro que se supone en situación de responder ante el reclamo. Y aquí se abren varias cuestiones.

Por un lado: ¿Agota esta mecánica todos los contenidos y “funciones” (políticas, culturales, etc.) que la marcha en sí genera? ¿Si esta mecánica fracasara carecería de “sentidos”? El punto de partida sería complejizar la idea misma de “sentidos” (tratando de especular sobre la captación, la lectura misma del acontecimiento marcha, y chapuceando sobre los procesos intra e inter subjetivos –en abstracto- que podrían tener efectos significantes). Ahora trabajaremos con algunos ejes que nos permitirán ir más en concreto sobre como operan esos procesos inter e intra subjetivos a partir de cómo se desarrolla la marcha en sí.

## **1- Dinámicas de politización del espacio**

El primer foco de semántico de la marcha lo he pensado en función a la capacidad que como acontecimiento tiene de “manipular” cuerpos. Es en estricto sentido foucaultiano, esta dinámica meramente disciplinar: “La disciplina procede ante todo a la distribución de los individuos en el espacio” (Foucault, 1989:145). Este autor entendía una disciplina como un método “minucioso” de control de las operaciones corporales cuyo efecto sería una relación de “utilidad-docilidad” a través de una “anatomía política” (una construcción de la corporalidad). Que en sí misma sería una “mecánica del poder”. Pero para poder pensar la marcha en estos términos, hay que marcar las diferencias entre las “instituciones totales” como gustaba llamar Goffman, y un “instituyente” político (en el sentido de Castoriadis):

“La institución de la sociedad es en cada momento institución de un magma de significaciones imaginarias sociales, que podemos y debemos llamar mundo de significaciones. Pues es lo mismo decir que la sociedad instituye en cada momento un mundo como su mundo o su mundo como el

mundo, y decir que instituye un mundo de significaciones, que se instituye al instituir el mundo de significaciones que es suyo y que solo en correlación con el existe y puede existir para ella un mundo.”(Castoriadis, 1993: 313)

Es decir, no estamos frente a un mecanismo disciplinante de una formación institucional al estilo de la prisión, la escuela, etc., en donde la mecánica de poder puede ser portadora de ciertas “técnicas”(Foucault, 1989) de disciplinamiento asociadas a la fijación en el espacio (la “clausura” o “la regla de los emplazamientos funcionales”). Por el contrario nos enfrentamos a procesos de construcción colectiva de sentidos que si bien comparten algunas similitudes (o al menos es interesante contrastar con la teoría foucaultiana) son más parecidos a procesos dinámicos de socialización. Lo disciplinar sería entendido como un proceso semántico, conducido por una organización, pero que en sí mismo es un instituyente: crea una significación “del mundo” al generarse en sí como acontecimiento.

De esta manera estaríamos más cerca de la dinámica de la “estructuración” de Giddens, un proceso que es acción y que es estructura, que es instituyente e instituido (según como lo piensan Loureau y Lapassade). Es decir, la marcha sería un proceso instituyente de sentidos en tanto que disciplina de control de las individualidades. Específicamente por su capacidad de disponer los cuerpos en el espacio. Esa disposición espacial de los cuerpos es un efecto “real” socialmente hablando. Los individuos efectivamente rompen el aislamiento socio-espacial. Pero esa “re” distribución es política en tanto que “disputa” de sentidos: en tanto que proceso de imposición de sentidos a través de una organización. Esta disciplina actúa de dos maneras generales; tiene dos

grandes “técnicas” de distribución. Aquí propongo llamarlas de alguna manera, por ejemplo: Desplazamiento y Formación.

## **2- Desplazamiento**

Llamaremos “Desplazamiento” al proceso de (re) distribuir sujetos en el espacio urbano. Será una “técnica” disciplinante en el contexto semántico organizacional, es decir, en tanto que politización de la ruptura del “encierro” social. En este sentido es importante entonces tener en cuenta que esta marcha del 17 de marzo del 2003, se erige sobre un actor político puntual: los “piqueteros”. Y sobre una organización política puntual: la Corriente Clasista y Combativa. La palabra “piquetero” ya es un constructo específico dentro de la cultura política Argentina. Como se esbozó en la primera parte. La idea es poder plasmar la significación política de la acción de estos actores sociales a la luz de lo que implica no sólo la situación de desempleo o pobreza, sino también la distribución social del espacio urbano. La idea central sería la siguiente: El hambre, el empleo, la educación, la salud, son sin lugar a dudas las grandes cuestiones sociales de nuestro país. Pero lo interesante, me parece, de atravesar estos procesos de “resistencia popular” haciendo hincapié en la “piqueterización” de la pobreza (una politización posible) con un eje marcado en su capacidad de alterar (como hecho político) la distribución social del espacio. Distribución que también SIMBOLIZA la hegemonía de un modelo de exclusión social, y que es al mismo tiempo su expresión normativa y civilizatoria. De esta manera, el impacto de esa irrupción en el espacio urbano, su apropiación simbólica del territorio de la “normalidad”, implica desafíos y procesos organizacionales. Y fundamentalmente, una modalidad de redescubrimiento de sí mismo: es decir, una fuente de procesos intersubjetivos

que marcan aún más la distancia social entre sectores sociales. Por esto, un punto de partida podría ser poner como contrapartida a la imagen del “corte de ruta” la imagen del “transitar la ciudad”.

Así, la acción política al estilo de nuestra marcha del 17 de Marzo del 2003, podría ser interpretada como una “apropiación” simbólica del territorio urbano. Lo que llamaré una “intervención urbana”, en la cual lo que genera el hecho político en última instancia sería la aparición de sujetos sociales “excluidos” del paisaje urbano. Si se me permite la reducción a un par de líneas lo que se pretende como un desarrollo particular en plan de obra más amplio, podríamos establecer un nivel político primario en el cual esta marcha en particular tendría ya un conjunto de sentidos propios de los actores sociales y políticos que la llevan a cabo. Lo que nos permitiría avanzar en dos direcciones. Por un lado un primer nivel simbólico a través de un proceso de representación de una apropiación del territorio; en el cual un actor social (pobres marginados del conurbano bonaerense) “interviene” en el espacio urbano a través de una acción política. El carácter simbólico (o la representación en sí) de este nivel, estaría dada por el carácter mismo de la acción política: en tanto que marcha, es una apropiación transitoria del territorio urbano. Y por lo tanto, podríamos entrever un segundo nivel simbólico subyacente: se estaría “politizando” a ese sujeto social, es decir, se estaría “representando” también que ese sujeto social está apropiándose del territorio. En el primer nivel simbólico, la marcha en cuestión sería un “signo” de la situación de exclusión socio-geográfica. En el segundo nivel, sería un “símbolo” de la lectura que estos actores sociales pueden hacer de ese “encierro” territorial y devenir actores políticos. Un nivel, si se quiere, metonímico y otro

metafórico. Vamos a ir analizando poco a poco esos niveles, pero primer demos una ojeada al cómo opera ese desplazamiento.

Para desarrollar el desplazamiento tenemos que conocer algo del sujeto político que protagonizó la marcha. La marcha fue protagonizada en su gran mayoría por la Corriente Clasista y Combativa (agrupación “piquetera”). Contó con la adhesión de la Federación de tierra y Vivienda (otra agrupación piquetera). Pero tanto la organización como la “enunciación” fueron producto de la primera. A quién se debe atribuir la utilización de esta técnica disciplinante. De estas agrupaciones participaron orgánicamente sus respectivos barrios de la Zona Norte del conurbano.

Podemos dividir el desplazamiento en tres momentos: uno desde los barrios a la Capital Federal. Otro el desplazamiento en la Capital Federal. Y finalmente el Regreso. A su vez en cada uno de esos segmentos hay puntos “fijos” y zonas “móviles”.

### **Hacia la concentración**

El esfuerzo de movilización es asombroso. Parte de los grupos que participaron en la marcha provienen de distritos lejanos de la capital tales como Pilar, Escobar, Malvinas Argentinas y José C Paz. Y otros un poco más cercanos como San Martín o San Isidro. Aquí ya tenemos el primer indicio de lo que nos referimos cuando pensamos en la noción de desplazamiento. La capacidad de una organización de movilizar entre 3000 o 4000 personas (el caso de esta marcha) 40 Km. ida y vuelta.

Esta marcha del 17 de marzo del 2003 tuvo momentos de desplazamiento específicos, que variaron entre puntos fijos y zonas móviles. Los puntos Fijos son muchos. En principio tenemos cada una de las pequeñas

convocatorias, en cada barrio o en cada punto de encuentro que fueron generando una “masa crítica” que se desplazaría hacia el lugar de concentración en donde se dio inicio a la movilización (en este caso, la avenida Antártica Argentina, frente a la torre de los ingleses en retiro). El desplazamiento hacia el punto de inicio de la movilización implica un esfuerzo de coordinación y planeamiento muy importante. Y que se desarrolla a través de la estructura organizativa de la CCC. Que implica, desde la planificación y/o discusión de la pertinencia de la marcha, como las tareas previas concernientes a la temática específica de esta marcha en sí.

Para imaginar al menos como opera esta técnica disciplinar, en este punto y en función a como se desarrolla todo el desplazamiento, debemos pensar a la marcha como la “punta del iceberg” de un proceso organización del que sería, de alguna manera, expresión o medida. Y esto por dos cuestiones. Una, una hipótesis ad hoc que no podrá ser confirmada con este trabajo y podría ser enunciada así: la capacidad de movilización de una organización política depende del “formato organizacional” (Tilly, 2000) que esta desarrolle. Otra, tiene que ver con la propia voluntad política de una organización de crear estructuras funcionales y políticas acorde a sus necesidades y objetivos: los motivos “porque” (Schutz, 1962) de la marcha se remiten a los procesos organizativos de la agrupación política en sí. De esta manera, el contexto de emergencia de un colectivo en esta marcha del 17 de marzo, deber verse al trasluz de los esfuerzos y códigos organizativos que preexisten y al mismo tiempo “explican” la capacidad de intervención en el espacio urbano.

Luchar, significa en este contexto, asistir a la marcha. Y de esa manera se organiza toda una técnica de convocatoria a la misma que debe responder,

y responde, a la necesidad de movilizar a miles de personas desde puntos alejados del conurbano bonaerense hacia la Capital Federal. Esas convocatorias se transforman en desplazamiento, y lo llamativo de este caso es que no existe una infraestructura que garantice ese desplazamiento. No se recurre a micros contratados para la ocasión, sino que se utiliza el transporte público. Es el tren, como se suele bromear al respecto, el “transporte oficial piquetero”. Y permite este desplazamiento, en forma gratuita, desde 60 Km. (Pilar) hasta la Capital Federal. Algo que, por otra parte, da cuenta no sólo de la capacidad de organización y negociación de este grupo piquetero. Sino a la vez, de una respuesta o posición tomada por parte de las empresas privadas de transporte, en relación al manejo de conflictos sobre el desplazamiento en situaciones políticas.

### **La concentración**

La marcha había comenzado como una “peregrinación” de distintos grupos barriales hacia la Capital Federal. Pero para que esta “peregrinación” se transforme en una intervención urbana se realizan una serie de procesos funcionales y simbólicos que tienen a la “concentración” como eje. La concentración es un símbolo en sí mismo que “explica” y da por supuesto un sentido a esta peregrinación.

La concentración así, lejos de ser el momento “cero” de la marcha, es un proceso simbólico funcional en el cual la marcha cobra su sentido como fenómeno político. Es decir, se transforma en intervención urbana. Funcionalmente puede ser pensada bajo dos supuestos: el de acumulación de una determinada “masa crítica” interviniente, y como ámbito de configuración de la “formación” que deberá ser mantenida durante todo el recorrido de la

marcha. Este segundo aspecto lo trataremos en extenso inmediatamente. Lo que cabe decir ahora es que es en este momento en el cual la “formación” (el cómo se marcha) adquiere una forma definida.

Sobre la acumulación de una “masa crítica”, es decir, una cantidad de manifestantes tal que se considere apropiado para sostener este tipo de intervención urbana, lo fundamental es tener en cuenta que es, en sí misma, un proceso de interpretación variable y subjetiva. Existen algunos consensos pragmáticos, que especulan, por ejemplo una cantidad de manifestantes apropiada para determinado tipo de evento. La evaluación de la cantidad de manifestantes es aparentemente proporcional al “impacto” que la intervención urbana debiera tener. Pero el impacto en sí mismo, en realidad no se relaciona directamente con la cantidad, ni casi, con la “cualidad” de los sujetos participantes en la intervención urbana, sino más bien con procesos de construcción e interlocución sociales que definen las intervenciones urbanas (como cualquier proceso político) en un marco cultural más amplio.

Esto nos permitiría especular que en realidad, el volumen que adquiriera la marcha es relativamente importante, en función del conjunto de procesos culturales que abarcan a este tipo de actividad. Así, la adquisición de cierto volumen (cierta cantidad de manifestantes) responderá ritualmente a las expectativas identitarias de la organización. De esta manera podríamos pensar la concentración desplazando del eje de la cuestión al “número”, y colocando en su lugar a la figura de la “espera”. Si no se espera determinada cantidad se espera más bien determinados actores al interior de la convocatoria. Que tendrían la propiedad simbólica de atribuirle un sentido a esta marcha. La concentración sería así una espera de “alguien”.

La convocatoria a la marcha del 17 de marzo fue fijada para las 15 hs. Cuando yo llegué (15:10 aproximadamente), ya había algunos grupos de personas. Pero ese alguien llegó casi a las 15:30. Con su llegada, la percepción del momento cero estaría por completarse. Solo restaba armar el “dibujo” que el trazado de la intervención urbana tendría.

### **El recorrido**

Con la figura de la concentración redefinimos la marcha ya en dos momentos: por un lado una “peregrinación” que es desde ya una intervención urbana en sí misma. E incluso mucho más relevante en términos de “desplazamiento” de cuerpos que la marcha en sí. Retomando la idea de puntos fijos y zonas de transición podemos pensar que el recorrido de la marcha desde el punto de concentración puede dividirse en 3 segmentos. El primer segmento desde la concentración (frente a la torre de los ingleses en retiro) hasta el palacio Pizzurno (Rodríguez Peña y Paraguay). El segundo segmento desde este lugar hasta la Casa de la provincia de Buenos Aires (Callao y PTE. Perón), y un tercer segmento de “desconcentración”, desde este lugar hasta Retiro.

Lo interesante es pensar cómo puede entrelazarse cierta dinámica, cuando no tensión, entre el carácter político de la elección de estos puntos fijos y zonas de transición. En principio los puntos fijos deberían estar siempre cargados de cierta carga simbólico-política: los altos de la marcha (no los cambios de ritmo ni las “esperas” por trabas en el desplazamiento) están o deberían estar revestidos de un carácter simbólico específico. Este carácter específico, ligado a los objetivos de la marcha en sí, tendría que poder ser entendidos como parte de una “tecnología de comunicación”, o al menos de

enunciación. Por lo que trataremos este punto en el apartado específico del tema. Aquí vale decir que, lo interesante de esta marcha en especial es que entre el primer punto fijo (el palacio Pizzurno) y el segundo punto fijo (la Casa de la Provincia de Buenos Aires) operó una lógica de oportunidad política que se relacionó con aprovechar la intervención urbana para lograr la capacidad de interlocución que supone la marcha. Es decir, hubo una re-interpretación sobre la capacidad comunicativa que la marcha estaba generando.

Sobre las zonas móviles pesa el mismo criterio: se puede entrever una lógica evaluativa que le otorga a cierto recorrido en sí un carácter político-simbólico más relevante que otro. Y que no se relaciona directamente con un aspecto funcional en sí. Por ejemplo, en nuestra marcha del 17 de Marzo se optó porque el primer segmento se realizara por la avenida Alem hasta Córdoba y de allí, por Callao hasta Paraguay (bordeando la plaza), hasta llegar al palacio Pizzurno. Fueron aproximadamente 20 cuadras. ¿Por qué se optó por este recorrido y no tomar por avenida Santa Fe hasta Callao en donde se ahorrarían 7 cuadras? La lógica que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos no es por supuesto la imperante. En la conciencia de los actores la intervención urbana está cargada de un conjunto de significaciones que imprimen identidad a la acción propiamente dicha. Y es lo que se aprecia con carácter más evidente cuando pensemos la marcha como un ritual. Esta lógica de significación a través de la apropiación simbólica del espacio urbano, genera cierto acerbo de conocimiento, cierta “expertise”, generalmente ligada a las prácticas de intervención urbana que pesan a la hora de planificar un recorrido.

Por ejemplo, Luis D' Elía enunciaba ese acerbo de conocimiento a la luz de la planificación de una Marcha "conmemorativa" del 19 de Diciembre hacia plaza de mayo que realizara la Federación de Tierra y Vivienda de la CTA: "Sabemos que no se puede caminar más de 5 Km. por día. Por eso para llegar de la Matanza a Capital Federal hay que organizar "postas" en donde se vayan relevando a los compañeros para llegar a Liniers con una buena cantidad de gente" (Entrevista a D'Elía, 14 de diciembre 2002). Al final la marcha se realizó con otro sistema, se contrataron micros que se concentraron cerca de un peaje a 5 km. de la bajada de la autopista Arturo Illia, en dirección a Capital. Y la marcha en cuestión realizó la mayor parte del trayecto sobre la autopista. Este trayecto fue para al menos algunos de los asistentes más de lo que estaban dispuestos a soportar bajo el calor del verano, sobre el cemento de la autopista. Asistentes que mostraron su descontento a través de reclamos a los distintos líderes. Es decir, la situación que comprendía esa marcha implicaba cierta tensión entre la funcionalidad de un recorrido (medida solo como lo que se está dispuesto a dar –por parte de los manifestantes- y lo que se considera con carácter político- simbólico relevante). Esa marcha puntual, del 19 de Diciembre del 2002 tenía varias connotaciones especiales para la resistencia popular en la Argentina y también para el movimiento piquetero. Por un lado, era la conmemoración de los hechos que un año antes habían producido la caída de de La Rúa. Y por otro lado, al interior del campo popular y del movimiento piquetero había habido un fuerte debate sobre la lectura de esos sucesos: ¿qué era más significativo, el 19 o el 20 de Diciembre? Ese debate también articulaba una cuestión de fondo en el movimiento piquetero que tiene que ver con la "ruptura" de la Tercera Asamblea Nacional Piquetera (2001). El

clima veraniego, digamos, estaba “caldeado” y cada agrupación realizó su propio acto por separado (La CCC el 19 a la mañana, la FTV el 19 a la tarde – dejando despejando la plaza de mayo para que, en punto comenzara la coincidente marcha tradicional de los jueves de las Madres de Plaza de Mayo- ; y el Bloque Nacional Piquetero, el 20). Para el FTV, entonces, esa marcha del 19 era una “demostración de fuerza” (como lo era para las otras agrupaciones en este contexto). Así, la cuestión “funcional” del recorrido de la marcha se planteó en términos grandilocuentes: 30000 personas marchando 5km por la autopista. El esfuerzo que eso demandó fue, como vimos recién, “leído” de distinta manera por los participantes; quienes interpelaron a los líderes que estaban a su alcance. La respuesta de alguno de esos líderes (“cuando se hizo el corte de 17 día en la matanza –durante el 2000- el sacrificio fue mayor”) dio cuenta de ese contexto en el cual, el esfuerzo no tenía relación con lo necesariamente funcional, sino que apelaba a “algo más”. Esto puede permitir plantear una pregunta: ¿fue en alguna medida la marcha de la FTV del 19 de Diciembre (o parte de ella al menos) un “simulacro”?

En este ejemplo, someramente citado, de la marcha del 19 de Diciembre del 2002 de la FTV, podría entreverse que entre la “funcionalidad” del recorrido y su carácter “simbólico” habría cierta tensión proveniente a la captación diferente del “esfuerzo” que tal recorrido implica para los participantes. Y esto nos refiere al carácter eminentemente normativo del desplazamiento de cuerpos en una formación política: tiene un componente capaz de fijar sentidos, de “formar” o “educar”, de fijar expectativas. Y por que no, de fijación “propagandística” de los símbolos de la organización. Es decir, la marcha es un ritual de enunciación. Veremos esto con más detalle luego. Lo que podemos

decir ahora, es que pensado de esta manera, nos permite comprender que el desplazamiento de cuerpos en un sistema de marcha como intervención urbana presenta fisuras (reales o potenciales, manifiestas o no) que son un desafío organizacional. Pueden minar o reafirmar el “efecto propagandístico” que una marcha podría tener como parte del “ritual”.

Por ejemplo, el segundo y tercer segmento de esta marcha del 17 de Marzo, podrían ser pensados como preponderantemente funcionales. Ya que ambos fueron improvisados y surgieron en coordinación con la Policía Federal. El segundo segmento (desde el Palacio Pizzurno hasta la Casa de la Provincia de Buenos Aires) en vez de realizarse por la avenida Callao (más amplia) se realizó por pedido de la Policía Federal, por la calle Rodríguez Peña (hasta PTE. Perón, y de allí si a Callao). Como forma de obstaculizar menos el tránsito. De la misma manera, el tercer segmento surgió como un ofrecimiento de la Policía Federal y se realizó desde la Casa de la Provincia de Buenos Aires hasta la Terminal de trenes de Retiro a través de las líneas de subterráneo.

El objetivo de este ejemplo del 19 de Diciembre, sería poder plantear la siguiente pregunta: ¿La tensión entre lo “funcional” de un recorrido y lo “simbólico” podría ser pensada como la resultante de un “simulacro de”? El carácter metafórico sería sostenible en este sentido: La capacidad de la marcha en tanto que Máquina desplazadora de cuerpos en el espacio público implica un “disciplinamiento” (en estricto sensu foucaultiano). Instala a cada individuo en un colectivo que dirige sus movimientos en el espacio urbano, que también los regla y por supuesto, les da sentido. Claro que de hecho cada cuerpo interviene en el espacio urbano, pero solo en carácter de parte de un

colectivo. Cobra sentido esta intervención individual en tanto que efecto normativizado de un colectivo que hace irrupción en el espacio público a través de una estructura decisional. Que tiene como dinámica una “lectura” del territorio a través de estas dos lógicas: simbólica y funcional. Es una estructura (una lógica) evaluativa con dos momentos o fuentes de referencia bien diferenciadas y que deben ser vistas a la luz de la capacidad de la organización de interpretar tanto sus propias fuerzas, como de “leer” el espacio público en términos políticos. Ambas lógicas se nos presentan como una sucesión de momentos analíticos que tienen su condición de posibilidad si pensamos esta disposición de los cuerpos en el espacio urbano como si fuera un “discurso” organizacional. Es decir, como una sucesión de momentos estructurales de una discursividad “contrahegemónica” en el “habla urbana”. Un discurso que emerge intentando responder a una pregunta que podríamos plantear de la siguiente manera (para empalmar con lo que sigue): ¿Cómo se rompe la configuración ‘hegemónica’ del espacio urbano? ¿Cómo se generará esa “ruptura isotópica” en el “habla de la ciudad”?

Podemos pensar que si concebimos la marcha “como si” fuese un “dialecto” en el “lenguaje” urbano (un lenguaje que, desde lo rutinario, lo “cotidiano”, digamos el uso “normal” de la ciudad, sería un discurso hegemónico) la lógica identitaria debería apuntar a cierta efectividad en la irrupción. Otorgando así, capacidad de determinar una “diferencia” en términos de Laclau: “(...) Toda identidad se constituye en el interior de la tensión irresoluble entre equivalencia y diferencia.” (Laclau, 2000: 67). Esto es, lo que distinguiría a la marcha en sí, y lo que la trasformaría en un hecho político propiamente dicho, sería su capacidad de distorsionar, de torcer, el curso de la

cotidianidad ciudadana. El carácter de la intervención urbana, por otra parte, es de hecho este. Y solo bastaría de un análisis preciso por parte de las organizaciones que diseñan la intervención urbana para poder configurar esa irrupción de manera acertada.

Ahora bien, siendo la lógica identitaria que describe aquí Laclau un sistema en definitiva “dialéctico” al estilo hegeliano (“para sí en tanto es para otro y para otro en tanto que es para sí” –Hegel, 1990: 78)- de allí su carácter “sistémico”, podríamos concluir que ninguna intervención urbana, es en definitiva, más que una representación de ese estado de desigualdad socio-geográfico. Ya que, de hecho, la distribución espacial de la pobreza quedaría intacta. Es decir, el carácter de “simulacro” que contiene la tensión entre las fuentes decisionales que atraviesan la funcionalidad y lo simbólico-político se expresa en el proceso de redistribución (acotada y simbólica, aunque realmente vivencial) de la marcha, a través de la sencilla cuestión de decidir el recorrido por el que esa intervención urbana será expresada. Desde el punto de vista de este apartado, en el que tratamos de pensar la marcha como un “dispositivo” identitario a través del disciplinamiento al poner los cuerpos en el espacio urbano (haciendo un “simulacro” de apropiación de), la resultante de esta tensión simbólico-funcional repercutirá en la percepción sobre su cuerpo que los mismos manifestantes se hagan; en términos de legitimidad de la intervención urbana. En el caso de la Marcha del 19 de Diciembre, la legitimidad de esa resolución simbólica-funcional presentó evidencias de fisuras, mientras que, (al menos desde lo que pude percibir, no hubo referencias ni grandes “deserciones”) en la Marcha del 17 de Marzo la legitimidad fue más sostenible.

## **La desconcentración**

Un último aspecto que pretendo derivar de esta tensión simbólico-funcional del recorrido y su impacto sobre la disposición de los cuerpos en el territorio urbano, es que este recorrido “disciplina” a través de una percepción de la ciudad. Esto es, ordena, secuencia, un conjunto de sensaciones posibles al vivenciar la ciudad en un trayecto determinado. Podemos remitirnos al ejemplo de la “escalera mecánica” para captar parte de esta dimensión de la capacidad de la marcha como disciplina que enfrenta a los cuerpos con una experiencia vivencial de la ciudad. La desconcentración, estaba originalmente planeada como un volver sobre los propios pasos (el mismo recorrido a la inversa). La situación de improvisación que generó un último punto fijo no planeado (la casa de la Provincia de Buenos Aires), obligó no sólo a extender la duración de la marcha (la desconcentración comenzó a las 19 hs, es decir que muchos grupos estaban desde muy temprano en movilización para llegar aquí y todavía tendrían varias horas hasta llegar a sus hogares), sino por supuesto a una “exposición” de la tensión simbólico-funcional mayor que la prevista.

Al finalizar la reunión en la Casa de la Provincia de Buenos Aires, el comisario a cargo del operativo ofreció, al líder de la CCC, la opción de utilizar la red de subterráneos como medio de llegar a Retiro. Ofrecimiento que se aceptó porque “la gente ya estaba muy cansada”. Es decir, ya primando la lógica funcional ante todo. La utilización del subte como medio de desconcentración (el último segmento de la marcha, hacia Retiro) implicó la exposición de los “cuerpos” de los manifestantes a situaciones que en una buena cantidad de casos, excedían a sus experiencias cotidianas. E incluso,

supuso en muchos casos, un “debut” en estas lides. Así ocurrieron sofocones asociados por el calor del subte, y por supuesto una experiencia colectiva de utilización de un medio de transporte más habitual para prácticas individuales (por ejemplo: utilización de puertas en vez de molinetes y ciertas prácticas de coordinación para señalar en que estación se debía hacer la combinación, etc.).

Un detalle simpático ocurrió en el transbordo entre la línea B (se tomó el subte en la estación Callao de esa línea) y la línea C que conduciría a Retiro. Allí para seguir el recorrido a pié del transbordo se tenía como opción utilizar la escalera mecánica. Pues para muchos, sobre todo los mayores, fue no sólo la primera vez en el subte sino la primera vez frente a una escalera mecánica. Muchas mujeres mayores se detenían frente a la escalera con miedo; y debieron ser ayudadas, por un improvisado “equipo” para poder dar el paso y subir a la escalera. Generando esto un clima de solidaridad e hilaridad que son completamente atípicos en esta situación cotidiana; y que marcó todo el trayecto en subte: la intervención urbana se había transformado en una aventura.

### **Palabras finales**

El énfasis puesto en este “transitar la ciudad” representa, si se quiere, la especificidad urbana del piqueterismo. Y con ello ya una importante falencia: Se restringe la analítica de los procesos identitarios a aquellos derivados de la acción de protesta puntual, la marcha, la intervención urbana.

Lo que sí permite este texto es una lectura de la protesta social y la centralidad analítica de la acción de protesta. Si pensamos la continuidad de dos supuestas olas (Schuster y Scribano, 2001) [Primera Ola: a partir de

Cutral-Co 96; Segunda Ola, a partir de Matanza 2000] como un mismo conjunto de movimientos es posible que la centralidad del análisis recaiga sobre la acción de protesta en sí misma. Ya que tiene la capacidad de “simbolizar” la especificidad del actor político. El actor político “es” entonces la acción de protesta que lo caracteriza: simplemente porque llamamos de la misma manera (construimos el “objeto” piqueteros) a fenómenos bastante diferentes. Ese es el contraste posible a través de la oposición de dos tipos ideales (Cutral-Co 96 y Matanza 2000): son básicamente distintos. Lo interesante de esta analítica sobre la centralidad de la acción de protesta ahora aparece cuando podemos observar aspectos de índole “existencialista” que adquieren algunas aproximaciones: El ser-en-la-ruta (Auyero 2000); el piquete como nuevo ámbito de intersubjetividades (Barbetta y Lapegna 2001); de “conjunción y reconocimiento mutuo” (Rauber 2002); de “contrasentidos y contrahegemonía” (Ferrara 2003 y Dinerstein 2001). El “piquete” entonces sería un ámbito-momento que extendería los sentidos de la protesta como conflictividad social y se transformaría (positiva o arendtianamente hablando) en una “nueva” institucionalidad: con capacidad de generar constructos identitarios en los sujetos sociales. El “encuentro”, el reconocimiento mutuo, la valoración del esfuerzo, la solidaridad, la dignidad, serían componentes que excederían el contenido político del sentido de la protesta (negativo en tanto que “demanda”). Siendo a su vez, fuente de resignificaciones que interceptan las ausencias: transformando, de echo, lo social.

Este elemento es sumamente interesante porque esta “propiedad” instituyente (Castoriadis, 1968) de la acción de protesta fue percibida por las organizaciones y partidos políticos que impulsan el piqueterismo y se

transforman en una preocupación organizacional, un ítem en la agenda (MTD de Solano y Colectivo Situaciones, 2002). Digo componentes “existencialistas” porque se le otorga a la acción de protesta una propiedad que tiene su impacto fundamental sobre el sujeto: lo define (al estilo de cómo el “ente” se define, se “efectiviza” temporalmente, en el “ser en el mundo” de Heidegger). La acción de protesta supera ya la dimensión de “reclamo” y descansa la complejidad de su politicidad en lo fenoménico: su capacidad de crear ámbitos de encuentro social. Y al hacer esto “construye” un actor político que se diferenciará por ser capaz de producir esta acción de protesta particular: el piquete. De esta manera se traslada el rango de fenómenos sociales de la protesta social hacia el específico campo de los fenómenos identitarios. Conteniendo la definición del actor político en los procesos simbólicos que es capaz de generar.

Esto nos genera una problemática analítica: Si los fenómenos que genera el piqueterismo tienen un impacto esencialmente identitario (sobre los sujetos sociales, esto es, la “base” sobre la cual “opera” en actor político): ¿Tiene sentido la protesta? Y más aún, ¿Hay posibilidad de establecer un nexo entre conflictividad social y sentido de la protesta que vaya más allá de la órbita de procesos organizacionales que “son” este actor político? En definitiva: ¿Conviene mantener la centralidad fenoménica de la simbología piquetera (cuyo carácter distintivo se deposita en el piquete) como eje del análisis? No es necesario responder ahora a esta pregunta, ni siquiera pensando que esto no presuponga más que una estrategia de construcción de un objeto analítico. No es necesario porque más allá de la conveniencia de presentar un texto como una “unidad” que se explica a sí misma, en realidad este tipo de preguntas necesitan de una respuesta colectiva y de esfuerzos de investigación más

amplios. En lo que a mí respecta, tomando las limitaciones que se mencionaron, el desarrollo de esta mirada (responder a esta pregunta) se está volcando en una aproximación investigativa ligada a los procesos asociativos en sí mismo. Pero en este trabajo se pretende por el transitar por el filo de esta cuestión, e inclusive, llevar a su “máxima” expresión la idea de que la acción de protesta es en sí misma significativa para comprender, “políticamente” hablando, al piqueterismo. Básicamente porque esta línea “existencialista” es fértil y necesaria para la comprensión de estas formaciones políticas. En esa línea se trató de analizar la acción de protesta como “productora de subjetividades”.

Pero lo interesante y casi paradójico, es que cuando desgranamos la acción de protesta en momentos o procesos simbólicos desde distintas ópticas encontramos procesos del orden de la cultura política, que si bien aportan elementos interesantes sobre las dinámicas inter e intrasubjetivas, no podemos concluir que éstas dinámicas sean “suficientes” para constituir una “identidad política” en sí. Podemos encontrar dos grandes razones para asentar esta idea.

**Primera.** Por las propias características de la acción de protesta en sí misma. Y el primer aspecto a resaltar aquí nos obliga a pensar en términos de heterogeneidad al colectivo que se constituye a través de la acción de protesta: es una interjección de conjuntos de agrupaciones barriales con distinto “grado” de desarrollo interno. Cada agrupación barrial aporta un “número” de personas. Pero también una diversidad de tramas relacionales con particularidades que no son biodegradables sino simbólicamente en el colectivo. Se podría, si se quiere hilar más fino, construir “trayectorias de movilización” de cada grupo. Y desde allí podríamos enumerar múltiples semánticas que atraviesan la acción

de protesta. Esta heterogeneidad se puede concebir entonces como diversidad de “orígenes” de la acción de protesta. Diversidad que en tal caso confirma uno de los desafíos organizacionales: constituir un colectivo a través de procesos funcionales y simbólicos. El segundo aspecto a tratar serían precisamente esos procesos funcionales y simbólicos. Que en la acción de protesta piqueterista han logrado cierto grado de “codificación”: se ha logrado por ejemplo “estandarizar” el marchar en sí mismo al adoptar una “formación” característica. Que se “ejerce” como un complejo y sofisticado “aparato” de organización, con “funciones” específicas. Como también se han desarrollado simbologías “portables”, inscribibles en el cuerpo. Al punto que se tiende a asociar esta “codificación” a la especificidad piquetera. Ya que son estos aspectos (un marchar característico con ciertos símbolos) lo que permiten identificar “ese” colectivo como piquetero. Aquí es cuando se revela el mecanismo de operación de esta “tecnología de representación”: dinámicas de homogeneización de la diversidad del colectivo, que intentan distinguirlo del contexto en el que interviene. Esto opera, sí, como la enunciación de un “nosotros”: piqueteros. Pero un tercer aspecto de las características de la acción de protesta es que estas dinámicas inter e intra subjetivas son “volátiles” (no perduran en el tiempo) e “incompletas” (no producen un único y compacto “discurso”). Cuando analizamos especialmente los procesos intrasubjetivos vemos que las diversas experiencias que presuponen este “marchar” están sujetas a procesos de comprensión individual complejos y heterogéneos en sí mismos. Que en la práctica se revelan como mucho más frágiles de lo que esta enunciación “nosotros” pretende.

**Segunda.** Este tercer aspecto de las características de la acción de protesta nos permite fijarla en contextos más amplios. Estos procesos inter e intra subjetivos están impregnados de ese “desfazaje” cultural propio de una sociedad en pérdida de “principios” organizativos. Es decir, esas “ausencias” de la sociedad ford-taylorista (aquellos ámbitos de inscripción-identificación del sujeto) son una presencia muy fuerte en estos nuevos ámbitos-momento que la acción de protesta piqueterista institucionaliza. Presencia que en sí misma es un desafío organizacional: construir sobre la “desintegración” del “tejido social” una semántica que sea a la vez “prospectiva” (con un sentido político a futuro) como “normativa” (capaz de generar “experiencias colectivas” que efectivamente “formen” subjetividades “nuevas”). Esto es, que la constitución de este actor político genere una otra “agencia” a sus sujetos sociales. La “agencia” que politice la pobreza positivamente, aportando a la sociedad una mirada superadora de su conflictividad al encontrar en los fenómenos asociativos una forma de resolver sus problemáticas. Al menos, bajo la forma de una posibilidad derivada de una “autoconciencia” (Castoriadis, 1968) de sus problemáticas. Si esto es posible o no, incluso si esto forma parte de los objetivos organizacionales del piqueterismo, solo podrá ser visto a través del tiempo. En este sentido una medida del “éxito” del piqueterismo podría ser la capacidad de “instalar” socialmente una politización “positiva” (pobre con agencia y no como víctima) de la pobreza.

Incluso podemos pensar que una de las bases de la legitimidad del piqueterismo se apoya precisamente en la “tensión” que la acción de protesta genera en la cultura política. Tensión que se expresa en una aparente contraposición de derechos de rango constitucional: Libertad de expresión o de

peticionar a las autoridades versus libertad de tránsito. En el juego político esta tensión se “resuelve” a través de posicionamientos éticos, o si se prefiere, ideológicos: cuál de esos derechos está por encima de cual. Pero a decir verdad esa tensión es irresoluble en sí misma sin un debate completo y complejo sobre que entendemos, en definitiva, por Argentina. La importancia que impone esta centralidad de la acción de protesta, por su notoriedad y su “vedettización” mediática, justifica en cierto punto la persistencia en el filo existencialista.

Porque la dinámica de politización que implica la intervención urbana aporta un sentido (si se prefiere, contiene un elemento cultural) para la palabra “pobreza” que excede las construcciones políticas tanto de las organizaciones piqueteras, como de la acción gubernamental y de los medios de comunicación. En ese instante de “fricción” o “encuentro”, en ese momento de diálogo urbano, diversos sujetos sociales se (re)conocen. Politización que es derivada pero independiente del piqueterismo, que lo complejiza y que es, en sí misma un proceso macro de subjetivación. En donde la experiencia colectiva nutre las identidades con la huella de la presencia de otro y un yo mismo. Y que podría tener la capacidad política de otorgarle la oportunidad a nuestra cultura de ser más consciente, tolerante y solidaria. La oportunidad de tener una imagen de si misma que supere estereotipos culturales (de “clase media”, digamos) y las estigmatizaciones de los “otros” que supone.

## **Bibliografía**

Auyero, Javier (2002). La vida en un piquete. En Revista Apuntes-CECyp N°8. [HTTP://www.apuntes-cecyp.org/N8-Auyero.htm]

Castoriadis, Cornelius [1968] (1993). La institución imaginaria de la sociedad. Buenos Aires: Tusquets.

Ceceña, Ana E (2002). Rebeldías sociales y movimientos ciudadanos. En: Revista Osal, Enero 2002

Dinerstein, Ana (2001). El poder de lo irrealizado: el corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización. En: Revista OSAL, Septiembre 2001

Estrada Saavedra, M (1995). Participación política. Actores colectivos. México: Plaza y Valdés.

Farinetti, Marina (2002). Violencia y risa contra la política en el Santiagueño. En Revista Apuntes-CECyp N°8. [[HTTP://www.apuntes-cecyp.org/](http://www.apuntes-cecyp.org/)]

Foucault, Michel (1997). La arqueología del saber. Buenos Aires : Siglo XXI.

Foucault, Michel (1998). Vigilar y castigar. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hegel, George W. F (1990). La fenomenología del Espíritu. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto (2000). Misticismo, retórica y política. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lapegna, Pablo y Barbeta, Pablo. Los cortes de ruta en el norte salteño. En Giarraca Norma (comp.) "La protesta social en la argentina", Buenos Aires: Alianza.

MTD de Solano y Colectivo Situaciones (2002). Hipótesis 891. Más allá de los piquetes. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano.

Rauber, Isabel (2002). Piquetes y piqueteros en la Argentina de la Crisis. En: Revista Rebelión, Noviembre 2002.

Schuster, Federico y Scribano, Adrián (2001). Protesta social en la Argentina de 2001. En: revista OSAL, Septiembre de 2001.

Schutz, Alfred (1962). El problema de la realidad social. Buenos Aires: Amorrortu.

Spalteberg, Ricardo y Maceira, Verónica (2001). Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera argentina. En: Revista OSAL, Septiembre 2001.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003). Entre la ruta y el barrio. Buenos Aires: Biblos.

Tarrow, Sydney (1997). El poder en movimiento. Madrid: Alianza

Tilly, Charles (2000). La desigualdad persistente. Buenos Aires: Manantial.

Wacquant, Loic (2001). Parias Urbanos, Buenos Aires: Manantial.